

templo del genio Sango, del dios Fidio, númen sabino de la buena fe, custodio de los tratados de paz, pues en su templo se depositaban, como en archivo inviolable. Aquel pedazo de terreno ha tenido fortuna: el paganismo lo consagró á una virtud, él que tantos templos habia consagrado á los vicios: en los tiempos modernos ha venido á formar parte de una morada apostólica; corresponde al lado del palacio del Quirinal, donde se celebran los cónclaves.

La tradicion sabina no faltó nunca de la cumbre y de las vertientes del Quirinal. Aquella region parece que fué constantemente la preferida por los que blasonaban de abolengo sabino; que era, en efecto, una especie de ejecutoria para los romanos de ciertas épocas el descender de los Curcios y los Tacios. En el Quirinal habitó siempre la poderosa familia de los Fabios, que contaba por millares los clientes, y á la cual pertenecian un Fabio, pintor, que empleó su arte con gran aplauso en el templo de la Salud: y algunos siglos más adelante aquella Fabiola, cuyo nombre es encanto de la Roma cristiana. En el Quirinal vivieron y dieron nombre á una calle los Cornelios, tronco ilustre, de donde salieron ramas como los Scipiones y los Syllas: Pomponio Attico, que se creia de la misma estirpe que Numa; nuestro español Marcial, aunque español, un tanto dado tambien á vanidades de genealogía, y muchos otros romanos insignes, patricios, aristócratas de primer rango, como si dijéramos los Colonnas y los Orsinis del tiempo del imperio, formaban, con el Quirinal, con sus casas y palacios, una especie de barrio, sino esplendoroso y brillante (porque á otros correspondian estas calificaciones), distinguido y como excepcional, cuyo carácter conserva en el período de los emperadores Flavios, originarios asimismo de la Sabina. Domiciano edificó sobre el solar de la casa, en que habia nacido, junto al granado del Quirinal (*malium punicum*) el templo que se llamó de la Gente Flavia, donde el mismo Domiciano depositó las cenizas de Julia, hija de Tito, y donde más tarde recibieron igual honor las cenizas de todos los *divos* de la dinastía Flavia. En este mismo pórtico celebraban sus juntas los colegios de Esculapio y de Egia, á juzgar por lo que se lee en

muy antiguas memorias. Un magnífico templo en honor del sol erigió sobre el Quirinal el emperador Aureliano, el soldado del Norte, que desde la más humilde esfera se levantó hasta el trono de Roma. ¿Tendria algo que ver su devocion al sol, que ciertos filólogos dicen (bajo su responsabilidad) que en lengua sabina se llamó *Auril*, con el propio nombre Aureliano, y levantaria, por tanto, su ejecutoria aquel hijo del Danubio, no ya hasta la raza sabina, que al fin fué raza de pastores, sino hasta el mismo rey de los astros y padre de la luz? ¿Le diria algun judío del Trastevere, que en la lengua hebrea *Hór* ó *Aur* significa *lux* y *Elios* en la griega *sol*?..... Del templo de Aureliano solo se sabe, que, colocado sobre lo alto del monte, daban acceso hasta él dos magníficas escalinatas de mármol, dignas de la magnitud y hermosura del templo; y que los restos de tan insigne fábrica, conservados hasta el siglo xvi en el jardin Colonna, fueron tema de grandes controversias arqueológicas; los primores de la escultura indujeron á muchos á creer que tales fragmentos hubieran pertenecido al templo de la Salud, ó á la casa de los Cornelios, ó al famoso senáculo de las mujeres, establecido en el Quirinal en tiempo del afeminado Eliogábalo, ó, por último, á las termas de Constantino; pero rechazadas todas estas conjeturas, túvose por más racional suponer que en los dias de Aureliano, dias de decadencia para las artes y para todo lo noble, pudo haberse aprovechado, como en efecto se hacia, la riqueza de monumentos antiguos para levantar otros nuevos. Á los dos lados de la gran escalera de mármol, y como guardándola, fueron establecidos los alojamientos militares (*castra*), cuya duracion habia de ser breve.

Los últimos y más vastos edificios, que se alzan sobre el Quirinal ó en sus vertientes en tiempo de los emperadores, pertenecen á Constantino; junto á los alojamientos ántes dichos, al pié de la escalera del templo del Sol, construyó un vasto pórtico, cuyos restos de maravillosa grandeza se descubrieron en tiempo de Clemente XIII, con motivo de las obras del palacio Quirinal. Sobre la colina edificó suntuosas termas el hijo de Santa Elena. Hoy, para buscar algun vestigio de aquella

construcción análoga á las de Caracalla y Diocleciano, aunque ménos grandiosa, hay que bajar á los subterráneos del palacio Rospigliosi. En el exterior nada recuerda ya la existencia de las termas ni de la cinta de bellos edificios, que ante ellas se extendía, y á los cuales pertenecieron las estatuas de Constantino y sus hijos, los simulacros colosales del Nilo y del Tiber, que están en el Capitolio, y los famosos grupos que ahora admiramos en la plaza de *Monte-Cavallo*; que así se llama en la actualidad la plaza del Quirinal.

## III.

Es, seguramente, la plaza del Quirinal una de las más hermosas de Roma. Después de la de San Pedro, no hay otra tan apropiada para servir de vestíbulo á un palacio del soberano Pontífice. Desde aquella altura la vista se extiende por los ámbitos de la ciudad y de la campaña, el cielo parece más diáfano, la luz más pura. Dos colosales Dioscuros, que exceden en grandiosidad y belleza á los de la plaza del Capitolio, guardan el principal ingreso de la del Quirinal. En el pedestal respectivo de aquellos dos grupos de Cástor y Pólux, domando los caballos, están grabados los nombres de Fídias y Praxitéles. Pero la Edad Media, época en que estos ilustres nombres fueron esculpidos debajo de aquellos hermosos mármoles, no era, de cierto, la más á propósito para determinar el origen de tales obras; ni era posible que los escritores antiguos, especialmente Plinio, Dionisio de Halicarnaso y algunos otros, que hicieron mención de los objetos de arte más preciosos, con que Grecia vencida enriqueció á Roma vencedora, hubiesen omitido la noticia de dos grupos pertenecientes nada ménos que á los príncipes de la escultura griega: fuera, pues, en tiempo de Augusto, como quieren algunos eruditos, fuera en los días de Trajano y Adriano, que representan una época feliz para el arte, como sospechan algunos, es lo cierto que ántes del im-

perio no hay fundamento razonable para suponer la existencia de aquellos dos colosos, cuyos originales positivamente pertenecieron á la escuela de Fídias, autor de un coloso desnudo que en Roma existía, y de que da noticia Plinio.

El obelisco, que en medio de la plaza, y entre el sorprendente grupo de los colosos se levanta, estuvo, como el de Santa María la Mayor, muchos años ante el mausoleo de Augusto. La magnífica taza de granito, que recoge el caudal de la fuente, tiene 76 piés de circunferencia, y adornó el Foro Romano hasta la época de la destrucción de los monumentos: en el siglo XVI fué desenterrada de junto á las ruinas del templo de Cástor y Pólux.

Sobre las antiguas construcciones de la colina por excelencia del Capitolio viejo, sobre los templos y los pórticos, sobre aquella cumbre solariega de la gente sabina, se extiende tres siglos hace el palacio Apostólico del Quirinal.

Las moradas de los Papas no han sido nunca maravillas de lujo y de suntuosidad. Las habitaciones destinadas á la vida interior presentan aquel aspecto de austera humildad, que corresponde al Sucesor de los Apóstoles. Las salas de los grandes actos públicos ofrecen los caracteres de grandeza y majestad, que corresponden al soberano legítimo de un Estado independiente, que es á la vez soberano espiritual de doscientos millones de católicos, y llama hijos á los reyes y emperadores más poderosos de la tierra.

El palacio del Quirinal, donde veinte años hace no ha residido el Pontífice, ni aún en la estación de estío, no es una construcción de primer orden; pero es un hermoso palacio. Desde Gregorio XIII, que echó los fundamentos, hasta el actual Pontífice, á cuyo celo y solicitud se debe la espaciosa y cómoda subida que por la parte de Occidente conduce á la plaza, casi todos los Papas han contribuido á mejorar y embellecer aquella residencia, cuya situación topográfica no tiene superior ni rival en la ciudad de las siete colinas. Allí, como en el Vaticano, han de buscarse obras de arte; que no los refinamientos de un lujo estéril ó de una muelle comodidad: frescos, lienzos y tapices forman la riqueza artística del Quirinal.

construcción análoga á las de Caracalla y Diocleciano, aunque ménos grandiosa, hay que bajar á los subterráneos del palacio Rospigliosi. En el exterior nada recuerda ya la existencia de las termas ni de la cinta de bellos edificios, que ante ellas se extendía, y á los cuales pertenecieron las estatuas de Constantino y sus hijos, los simulacros colosales del Nilo y del Tíber, que están en el Capitolio, y los famosos grupos que ahora admiramos en la plaza de *Monte-Cavallo*; que así se llama en la actualidad la plaza del Quirinal.

## III.

Es, seguramente, la plaza del Quirinal una de las más hermosas de Roma. Después de la de San Pedro, no hay otra tan apropiada para servir de vestíbulo á un palacio del soberano Pontífice. Desde aquella altura la vista se extiende por los ámbitos de la ciudad y de la campaña, el cielo parece más diáfano, la luz más pura. Dos colosales Dioscueros, que exceden en grandiosidad y belleza á los de la plaza del Capitolio, guardan el principal ingreso de la del Quirinal. En el pedestal respectivo de aquellos dos grupos de Cástor y Pólux, domando los caballos, están grabados los nombres de Fídias y Praxitéles. Pero la Edad Media, época en que estos ilustres nombres fueron esculpidos debajo de aquellos hermosos mármoles, no era, de cierto, la más á propósito para determinar el origen de tales obras; ni era posible que los escritores antiguos, especialmente Plinio, Dionisio de Halicarnaso y algunos otros, que hicieron mención de los objetos de arte más preciosos, con que Grecia vencida enriqueció á Roma vencedora, hubiesen omitido la noticia de dos grupos pertenecientes nada ménos que á los príncipes de la escultura griega: fuera, pues, en tiempo de Augusto, como quieren algunos eruditos, fuera en los días de Trajano y Adriano, que representan una época feliz para el arte, como sospechan algunos, es lo cierto que ántes del im-

perio no hay fundamento razonable para suponer la existencia de aquellos dos colosos, cuyos originales positivamente pertenecieron á la escuela de Fídias, autor de un coloso desnudo que en Roma existía, y de que da noticia Plinio.

El obelisco, que en medio de la plaza, y entre el sorprendente grupo de los colosos se levanta, estuvo, como el de Santa María la Mayor, muchos años ante el mausoleo de Augusto. La magnífica taza de granito, que recoge el caudal de la fuente, tiene 76 piés de circunferencia, y adornó el Foro Romano hasta la época de la destrucción de los monumentos: en el siglo xvi fué desenterrada de junto á las ruinas del templo de Cástor y Pólux.

Sobre las antiguas construcciones de la colina por excelencia del Capitolio viejo, sobre los templos y los pórticos, sobre aquella cumbre solariega de la gente sabina, se extiende tres siglos hace el palacio Apostólico del Quirinal.

Las moradas de los Papas no han sido nunca maravillas de lujo y de suntuosidad. Las habitaciones destinadas á la vida interior presentan aquel aspecto de austera humildad, que corresponde al Sucesor de los Apóstoles. Las salas de los grandes actos públicos ofrecen los caracteres de grandeza y majestad, que corresponden al soberano legítimo de un Estado independiente, que es á la vez soberano espiritual de doscientos millones de católicos, y llama hijos á los reyes y emperadores más poderosos de la tierra.

El palacio del Quirinal, donde veinte años hace no ha residido el Pontífice, ni aún en la estación de estío, no es una construcción de primer orden; pero es un hermoso palacio. Desde Gregorio XIII, que echó los fundamentos, hasta el actual Pontífice, á cuyo celo y solicitud se debe la espaciosa y cómoda subida que por la parte de Occidente conduce á la plaza, casi todos los Papas han contribuido á mejorar y embellecer aquella residencia, cuya situación topográfica no tiene superior ni rival en la ciudad de las siete colinas. Allí, como en el Vaticano, han de buscarse obras de arte; que no los refinamientos de un lujo estéril ó de una muelle comodidad: frescos, lienzos y tapices forman la riqueza artística del Quirinal.

De los primeros, han de ponerse en primer término los del oratorio privado, en cuyo fondo hay un cuadro de la Anunciación, debido, como los demás, á Guido Reni, que excede á toda alabanza, y merece por sí solo la visita hecha al palacio. Entre los lienzos notables, que son muchos, debe mencionarse un San Jerónimo, de nuestro Rivera (el *Spagnoletto*); el *Ecce homo*, de Dominiquino; un San Sebastian, de Pablo Veronés; un San Juan, de Julio Romano; un precioso desposorio místico de Santa Catalina, San Pedro y San Pablo, por Fr. Bartolomé de San Márcos; la Resurrección de Jesucristo, por el famoso colorista Van Dyk, y otros de buenos autores de las varias escuelas italianas. En uno de los departamentos interiores está el magnífico retrato, obra muy señalada de Madrazo, de S. A. R. el Príncipe de Asturias, cariñoso homenaje del augusto niño á su venerado padrino Pío IX. Los tapices, procedentes de la fábrica de los *Gobelins* de París, espléndido regalo, casi todos ellos del Emperador Napoleon I al Pontífice Pío VII, y ornamento del palacio de las Tullerías, lo son hoy dignísimo de las más ricas salas del Quirinal. Rodea este palacio un jardín amenísimo, donde la naturaleza y el arte han multiplicado sus atractivos y sus maravillas: estatuas, fuentes, estanques, caprichosos surtidores y juegos hidráulicos, bosques y alamedas, cuadros inmensos de variadas flores, árboles corpulentos, pájaros de diversas clases, luz, aroma, poesía, todo se encuentra en aquella altura pintoresca, que alegran, á la vez, el canto de las aves y la extraña armonía de un órgano movido por el agua, en el seno obscuro y escabroso de una gruta.

En la cumbre y en las pendientes del Quirinal, como en todas las otras colinas, los templos católicos han tomado posesión de las ruinas de la gentilidad: sin alejarnos de la plaza de Monte-Cavallo, podemos visitar San Silvestre, en frente al palacio Rospigliosi, con su bella nave y pinturas al fresco de Dominiquino y cuadros de Caravaggio y estatuas de Algardi, y con sus dos magníficos sepulcros del Cardenal Bentivoglio, célebre literato del siglo xvii, y Próspero Farinaccio, jurisconsulto escritor de derecho criminal: otra iglesia notable es la

de San Andres, noviciado de los Jesuitas. Su forma oval, la variedad y riqueza de los mármoles y columnas, que la decoran, y los monumentos, que encierra, hacen de esta iglesia y de la santa casa, que le es aneja, uno de los lugares más recogidos y más gratos para la meditación y la plegaria: un sarcófago en el templo, y una estatua en la modesta capilla del Noviciado, producen en la inteligencia y en el corazón del peregrino, que los visita, una impresión, que difícilmente se borra. El sarcófago pertenece á un humilde jesuita, que murió en 1819, y que en el siglo se había llamado Carlos Manuel IV, Rey de Cerdeña. La estatua representa al joven San Stanislao de Kotska, moribundo, tendido sobre el pobre lecho: la cabeza, las manos y los pies son de mármol blanco, la sotana de mármol negro, el lecho de mármol amarillo. La escultura moderna no ofrece muchas obras más notables, y ninguna, de cierto, más devota. Dícese que el escultor frances Le Gros recibió por esta bellísima estatua una recompensa sobrehumana; la gracia de su conversión al catolicismo.

Vecino á esta iglesia, en el valle de Quirino, cuya fama de lugar muy concurrido nos transmiten Juvenal y Ovidio, álzase hoy un modesto templo cristiano, quizá sobre las ruinas del antiguo pagano de la Pudicicia plebeya, erigido á principios del siglo v en honor de los mártires Gervasio y Protasio, hijos de San Vital: el nombre del padre prevaleció para titular de la iglesia desde los tiempos de San Gregorio Magno. El mismo santo Pontífice restituyó al culto católico la iglesia de Santa Águeda *in Suburra*.

## IV.

La sexta region de la Roma de Augusto (*Alta Semita*) comprendía el Quirinal y los valles, que del Viminal y de la colina de los jardines (*Pincio*) lo separaban; la séptima region (*via Lata*) abarcaba casi todo el espacio, que media entre el

Quirinal y el Corso moderno. Hoy tampoco corresponden á una sola region el Quirinal y sus vertientes. En la primera, denominada de *I Monti*, se contiene una buena parte de la colina; á la segunda (*Trevi*) pertenecen el resto del Quirinal, señaladamente el palacio Pontificio y los puntos de aproximacion al Pincio por un lado, y al Corso por otro. Tenemos, pues, que invadir el recinto de dos ó tres regiones al dar idea, aunque rápida, de los monumentos notables que hoy cubren, además de los ya indicados, la altura y las pendientes y aún los valles del Quirinal.

De las tres antiguas puertas del monte de Quirino, correspondientes las tres al muro occidental de la ciudad, *porta Sangualis*, *porta Salutaris* y *porta Piacularis*, la primera puede suponerse al fin de la actual subida á Monte-Cavallo, toda vez que el templo de Sango estuvo cerca del de Quirino, y el de Quirino en el espacio que ocupa San Andres; la segunda, que conducia al templo de la Salud, debió de estar en la altura, que hoy se dice *Le Quattro Fontane*: la tercera, en la que ahora es calle de Santa Susana.

Dos palacios, notables ambos por su arquitectura, más notable uno por las joyas artísticas que guarda, hacen compañía de honor al palacio Pontificio, sobre la plaza de Monte-Cavallo; el primero es el de la Consulta; el segundo el de Rospigliosi, edificado, como hemos dicho, sobre las ruinas de las termas de Constantino. En el jardin de este palacio hay una galería cubierta, gran *loggia*, que llaman en Italia, en cuya bóveda está el admirable fresco de Guido Reni, conocido en el mundo de las artes con el nombre de la Aurora: representa, con efecto, el surgir del sol del fondo de los mares de Oriente, precedido de la Aurora, la cual, dando al espacio la dorada cabellera y envuelta en tenues vestiduras, que flotan apaciblemente agitadas por el céfiro, sembrando va de flores su camino. Los caballos de Febo galopan por las regiones del Éter, arrastrando el carro de oro, sobre precipicios de nubes: dirige el espantable correr de la cuadriga un jóven alado, que ostenta en su mano la antorcha misteriosa, que es principio del fuego, que vivifica, y de la luz, que alumbra la naturaleza; rodean el

carro en vaporoso cortejo las Horas, que asidas por las manos, semejan una cadena de rosas: el conjunto no puede compararse sino con las descripciones de Homero y de Hesiodo. Dificilmente fábula alguna de la musa griega habrá encontrado más hermosa realizacion en el arte moderno.

Entre los muchos buenos cuadros del palacio Rospigliosi, merecen recordarse un San Jerónimo, de nuestro Spagnoletto; una Crucifixion y un Cristo muerto, de Rúbens; Adán y Eva, del Dominiquino; una Virgen con Jesus, de la escuela de Rafael Sanz, si no de su propio pincel; la Gioconda en el baño, cuadro famoso atribuido á Leonardo Vinci; dos retratos de Ticiano, algunos bustos de mérito, especialmente el de Scipion el Africano, y una coleccion de frescos procedentes de las termas de Constantino. Guárdanse allí los bocetos de los cuatro Evangelistas, pintados al fresco por el Dominiquino en la cúpula de San Andres della Valle.

Subiendo del foro Trajano á la colina del Quirinal, se pasa sobre las ruinas de los que fueron baños de Paulo, *Pauli balnea*, de Juvenal, ó *Balneum Paulli*, de Rufo, de donde en la Edad Media se formó el extraño nombre de *Magnanapoli*, que aún lleva la calle: álzase allí una torre de fines del siglo XIII (edificada por Bonifacio VIII), que da idea de las construcciones de la época, y es uno de los pocos monumentos bien conservados de aquella edad de guerras y disturbios, que Roma posee todavía. En aquel mismo lugar está hoy la iglesia de Santa Catalina de Sena con monasterio anejo de monjas dominicas, al cual corresponde la torre, de que ántes hemos hablado, y que se llama generalmente de las *Milicias*. Como guardadora de las ruinas del foro Trajano aparece la iglesia de Santa María de Loreto, de arquitectura un tanto extravagante, pero rica en obras de arte, como los cuadros de d'Arpino, y la estatua de Santa Susana por Quesnoy (*el Fiamingo*), imitacion de la Cérés de casa Mattei, pero obra señaladísima de la escultura moderna.

Sobre la punta del Quirinal, que domina el foro de Nerva, y que en lo antiguo tenía el nombre especial de *Collis Latiaris*, se ve hoy la iglesia de Santos Domingo y Sixto, con monaste-